

las medidas que había tomado el santo, regularon por medio de sus cánones la disciplina del clero, condenaron a los heresiarcas, cuyas groseras doctrinas volvían a arrastrar insensiblemente a las poblaciones hacia la idolatría, y restablecieron los lazos jerárquicos que ligaban al sacerdote con su obispo, a éste con su metropolitano y al metropolitano con el soberano Pontífice. Y, cosa digna de notarse: mientras que se mostraban inflexibles en las cuestiones de disciplina moral, transigían con el poder temporal acerca de los bienes secularizados, mostrando así que la Iglesia tiene más aversión a aquellos que la corrompen que los que la despojan <sup>1</sup>.

La solicitud de los preladados se volvió también hacia los monasterios, que eran los verdaderos depósitos de la vida cristiana; hicieron obligatoria en ellos la regla de San Benito, esa obra maestra de santidad y de buen sentido monástico, a la que pertenece en gran parte el honor de los progresos realizados en la Edad Media. Pasando de allí al mundo profano, los concilios nacionales se conmovieron ante el espectáculo desconsolador que presentaban las inteligencias de las poblaciones cristianas retrasadas y sumidas aún en todas las supersticiones del paganismo. Queda un monumento memorable de sus esfuerzos para depurar aquel cristianismo lleno de escorias: es el *Indiculus superstitionum*, especie de *Syllabus* del siglo VIII, que permite apreciar con qué hombres tenían que entenderse los civilizadores de los francos.

No insistiremos aquí sobre un cuadro que ha sido bosquejado anteriormente, ni tampoco sobre las medidas a que recurrió la Iglesia para triunfar de las miserias intelectuales y morales de sus neófitos. Al condenar las prácticas supersticiosas, al prohibir la venta de los esclavos al exterior y al impedir los matrimonios incestuosos, permanecía fiel a sus tradiciones; y si las prescripciones que dió respecto a este último punto atestiguan la persistencia de los recuerdos bárbaros en una nación convertida desde hacía dos siglos, muestran también la santa tenacidad de la Iglesia en combatirlos, así como dan idea de las penas y fatigas que hubo de sufrir para extirparlos.

A medida que la vida cristiana volvía a tomar su intensidad nativa entre los francos, crecía el impulso de los fieles hacia el Pontificado. Al igual que Inglaterra, la Galia se inflamaba de adhesión entusiasta por la cátedra pontificia, fuente siempre viva desde donde la fe católica se había extendido por el mundo, y que conservaba el poder de rejuvenecerla eternamente. Los peregrinos francos se mul-

<sup>1</sup> *Karlamanni capitul. Liptin.*, c. 2 (Boretius).

tiplicaban en los caminos que conducían desde la Galia a Italia. Iban a Roma a buscar los conocimientos sagrados y profanos; volvían de allí con reliquias que mantenían la piedad y con libros que aumentaban el saber; traían, sobre todo, consejos y alientos que penetraban tanto más profundamente en las almas religiosas cuanto más de arriba descendían. Una triple reforma había de ser el fruto de esta acción íntima del Papado sobre la sociedad franca: la primera fué la del clero; la segunda, la del culto, y la tercera, la de las inteligencias. Difícil sería decir cuál de las tres fué la más importante, porque, hablando con propiedad, cada una de ellas, mirada aparte, no nos presenta más que uno de los aspectos del brillante renacimiento que preparan.

Crodegango, obispo de Metz, es quien ha unido su nombre a la primera de estas reformas. Testigo de la vida de los sacerdotes romanos, tan superior bajo el aspecto moral e intelectual a la de los sacerdotes francos, había concebido la idea de una regla que introdujera en las costumbres del clero secular la austeridad que el pueblo admiraba en los monjes. La costumbre de la vida en común y la obediencia a una autoridad que regulaba hasta en su menor detalle el empleo de las horas del día eran las innovaciones esenciales del obispo de Metz, quien se las hizo gustar primero a sus propios sacerdotes; desde su diócesis la regla se esparció rápidamente por toda la Iglesia de las Galias. Durante muchas generaciones presidió tal regla la vida de la mayoría del clero franco, y, cuando por fin fué abolida, ya había logrado su objetivo y dejaba en las filas de los sacerdotes regenerados la prueba de que la perfección cristiana era realizable también fuera de los monasterios.

El vasto trabajo de depuración que llevó a cabo en todas las ceremonias del culto fué una obra infinitamente más importante de lo que podía parecer a los espíritus vulgares, pues la pompa del culto y el encanto misterioso de sus solemnidades fueron en todo tiempo y serán siempre uno de los más poderosos instrumentos de la cultura moral. La reforma del canto sagrado fué un acontecimiento de alcance inmenso en aquella sociedad tan accesible a la influencia de la armonía. ¿Quién no se acuerda del efecto producido en los fieles cuando por vez primera se levantaron en una Iglesia franca los acentos de las oraciones sagradas elevadas a Dios por la voz majestuosa del órgano que les daba como proporciones sobrenaturales? <sup>1</sup> Civilizadores fueron, y no de los menores, los que

<sup>1</sup> *Ann. Lauriss.* y *Ann. Eginh.*, c. 757; *MONNACH. SANGALL*, II, 7.

reformaron el culto y le devolvieron su completa dignidad. Gracias a sus esfuerzos, el pueblo volvió a encontrar la inteligencia y el gusto de la poesía encarnada en las formas augustas de la liturgia, esa lengua de la eternidad que es la palabra de la debilidad humana y de la misericordia de Dios.

Al lado de ellos conviene citar a aquellos que aportaron de Roma los monumentos y la literatura sagrada y profana. Los libros que los Papas regalaban a la nación franca contenían en germen el renacimiento literario que debía florecer después, en el reinado de Carlomagno, y cuyos oscuros comienzos se ven ya en el reinado de Pipino. Al principio quedó confinado entre las filas del clero, pues ni los seglares más distinguidos consiguieron despojarse tan pronto del moho de la barbarie, ya que entre los propios miembros de la dinastía real se encuentran personajes que no saben leer, y la misma educación literaria de Carlomagno fué tan deficiente que nunca llegó a saber escribir.

He aquí cómo la acción del Pontificado, facilitada por el concurso benévolo del poder temporal, coronó la obra civilizadora empezada hacía más de dos siglos en el seno del pueblo franco. El paganismo había sido extirpado definitivamente de aquella nación, y no sobrevivía más que bajo la forma de supersticiones populares que avergüenzan. Los últimos paganos de la Galia habían sido bautizados en la Campina por San Lamberto y en las Ardenas por su sucesor, San Humberto, antes de que Pipino el Breve subiese al trono; por tanto, el cristianismo sólo tenía que conservar y afirmar sus conquistas entre los francos, y podía emplear sus fuerzas renacientes en dilatarse por el exterior.

En primer lugar, había que asegurar la existencia de las cristiandades fundadas entre los pueblos vasallos de los francos. Durante la dominación enervadora de los merovingios, los misioneros irlandeses eran los únicos que habían cultivado aquellos pueblos, que los francos habían sabido someter, pero no civilizar. En Baviera y en Alemania había cristiandades nacidas del celo del apostolado céltico, pero carecían de una base territorial sólida, y, sin relaciones con el jefe del mundo cristiano, consumían en un aislamiento mortal su existencia raquítica y precaria. También allí cambió todo en cuanto el Pontificado pudo hacer sentir su influencia; armado con la autoridad de los príncipes francos, el legado del Papa penetró como reformador entre los nuevos conversos, depuró su clero, reorganizó sus diócesis, ligó a los jefes de la jerarquía con lazos más estrechos al centro del catolicismo, y protegió, en fin, contra sus pro-

pios desfallecimientos, a aquellas Iglesias jóvenes que guardaban las fronteras de la civilización cristiana.

Pero esto no era bastante para satisfacer el proselitismo devorador de los obreros apostólicos; ahora se necesitaba que el reino de Dios desbordase los límites del antiguo Imperio romano; era preciso que, más feliz que las legiones de Druso, sometiese definitivamente al yugo del Evangelio a las naciones que habían rehusado sufrir el del César. ¡Empresa difícilísima y temible! Hesse y Turingia eran casi enteramente paganas; Frisia y Sajonia lo eran completamente; allí, en lo íntimo de espesos bosques, la sangre de las víctimas humanas continuaba corriendo en honor de los dioses, y pueblos que vagaban como lobos por los alrededores de los puestos avanzados de la civilización germánica se complacían en renovar a costa de los cristianos de estos países las escenas de terror y de carnicería que habían señalado la época de las grandes invasiones.

Los mensajeros del Evangelio se aventuraron, sin embargo, en medio de estos bárbaros, y, cuando reaparecieron, llevaron al vicario de Jesucristo las primicias de la Germania cristiana; así fué como, bajo los auspicios de Gregorio II y de Gregorio III, los anglosajones convertidos por Gregorio I pagaban su deuda de reconocimiento al Pontificado, convirtiéndose en instrumentos para la conversión de Alemania; parecía como si se les hubiera esperado para que cumpliesen esta gran obra cerca de un pueblo hermano cuya lengua hablaban y de cuya naturaleza participaban. Dos hombres brillan con esplendor inmortal en esta pléyade de civilizadores que venía como ángeles, según el deseo profético de San Gregorio Magno, a aportar la Buena Nueva a las tribus germánicas: San Willibrordo y San Bonifacio. Llevados ambos por el mismo amor, habían ido a buscar su misión a Roma, a los pies de aquella autoridad suprema a la que su patria debía el beneficio de la fe; ambos habían traído, con un nombre nuevo, que era el símbolo de su sumisión a la cátedra romana, las enseñanzas que les sirvieron de regla en su apostolado, y a cuya escrupulosa observancia debieron en gran parte sus éxitos maravillosos.

El primero, durante una carrera apostólica de medio siglo (690-739), evangelizó sin descanso la Alemania Inferior, desde la desembocadura del Rin hasta los confines de Dinamarca, visitó las islas más inaccesibles del Mar del Norte, predicando la palabra de Dios y rompiendo los ídolos de Walcheren y de Heligoland, y vino a morir, después de penalidades prodigiosas, en aquella abadía de Echternach que había fundado en medio de las soledades de las Ardenas, y en

donde su sepulcro es todavía hoy objeto de una devoción única en el mundo cristiano.

El otro fué a la vez misionero y reformador, y su nombre se encuentra en todo cuanto se ha hecho de grande en el siglo VIII; su biografía es la historia de su tiempo, pues no ha guardado para sí más que su muerte. Después de haber renovado la civilización franca y de haber duplicado su dominio por la conversión de una gran parte de Alemania, aún cree no haber hecho nada por la causa de Dios, puesto que no le ha dado su sangre. Despojándose de las altas dignidades eclesiásticas de que se dejó investir a pesar suyo, marcha, a la edad de setenta y dos años, a la conquista del martirio, no llevando consigo más que su cruz, su mortaja y el Evangelio. Un atractivo misterioso le lleva de nuevo hacia Frisia, esa región salvaje que ha sido teatro de sus primeros trabajos evangélicos, y cuya responsabilidad diríase que él ha querido tomar frente a Dios y al género humano. Baja por el Rin, acompañado, como un triunfador, de un cortejo de sacerdotes que quieren tomar parte en las pruebas de su última misión. Llegado a los confines del país predestinado, echa pie a tierra, y, como en los días de su heroica juventud, penetra de nuevo en las terribles profundidades de esta región, que parecía el asilo supremo de la barbarie.

Durante muchos días el santo anciano recorrió el país como misionero y como obispo; dormía en su tienda, como un soldado, y no tenía más instrumentos de lucha que el fuego de su palabra y el ardor de su celo sagrado; pero su acción sobre las masas era irresistible, y multitudes de infieles se convirtieron a su voz. Tocaba ya el término de sus correrías cuando llegó a Dockum, no lejos del mar, en donde había dado cita a los recién convertidos que habían de recibir de su mano el sacramento de la confirmación. Al amanecer del día 5 de junio del año 754, en vez de los neófitos que esperaba, vió aparecer una banda de bárbaros armados que querían matarle. El apóstol disuadió a los suyos de toda resistencia inútil, les exhortó a morir con resignación, y él mismo, no queriendo otro escudo que el libro de los Evangelios, que colocó sobre su cabeza, se adelantó hacia los asesinos y recibió de pie el golpe mortal.

A tales hombres es a los que el cristianismo debía sus triunfos sobre los bárbaros, y es necesario tener idea de la magnitud de sus esfuerzos para explicarse la grandeza de sus resultados. Por ellos se hizo cristiana Alemania; Franconia, Hesse y Turingia recibieron de ellos obispos, y, si Sajonia se resistía aún, Frisia, aquella temible ciudadela del paganismo germánico, se dejaba fecundar por los su-

dores de Willibrordo y por la sangre de Bonifacio. La sede episcopal de Utrecht, surgiendo en medio de los llanos del Rin, y las de Wurzburg, Buraburgo, Erfurt y Eichstaedt, fundadas en el corazón de la antigua Germania, marcaban las etapas victoriosas del cristianismo, que, remontando el curso de la historia, traía, por vez primera en sus ocho siglos de existencia, el Occidente a la conquista de Oriente y la civilización al asalto de la barbarie.

Los monasterios nacían al mismo tiempo que los obispados; mientras éstos organizaban el gobierno de las nuevas provincias cristianas, aquéllos, penetrando en lo íntimo de las comarcas más salvajes, fundaban allí, en plena barbarie, centros de vida religiosa que extendían cada día más lejos la influencia del Evangelio. Entonces, en las inmensas soledades de Germania, el ruido del hacha monástica resonaba de bosque en bosque como la voz de la civilización, y los pueblos bárbaros, corriendo a su llamamiento, vinieron a agruparse alrededor de las colonias cristianas, que les enseñaron a la vez todas las ciencias de la tierra y del cielo; fué para el cristianismo una época de expansión gozosa y omnipotente, como ya hacía largo tiempo que no la había visto; fué para la propia Germania la aurora de un nuevo día: momento solemne e inolvidable en la vida de un gran pueblo.

No hay espectáculo más interesante para el historiador que el de esta lenta y misteriosa operación del espíritu divino en las nacionalidades, cuando, invisible y oculto tras de su obra, pone en movimiento a millares de obreros a la vez, y los emplea como instrumentos oscuros en la construcción de un edificio cuyo plano ha trazado él solo y cuyo secreto ha guardado. Por tanto, ¡cuán feliz se sentirá al encontrar, entre los escasísimos documentos que nos ha dejado esta época, el diario de uno de aquellos obreros de la civilización que nos inicia en los esfuerzos y decepciones de la primera hora, y que nos hace asistir, por decirlo así, como testigos oculares a uno de los episodios más conmovedores de aquella lejana historia! En tal sentido, la vida de San Sturmi, discípulo de San Bonifacio, encontrará aquí cabida oportunísima.

Sturmi era un joven bávaro de origen noble que se había unido a San Bonifacio y que un día recibió de él la misión de ir a fundar un monasterio en las soledades de Hesse; se trataba de encontrar un lugar en donde los servidores de Dios pudieran, lejos del mundo, entregarse a la meditación, a la oración y al trabajo. Acompañado sólo de dos compañeros, Sturmi penetró, pues, en las soledades vírgenes de la antigua selva de Buchonia. Durante muchos días,

los piadosos exploradores se adentraron valientemente a través de un océano de follaje, no viendo, dice su biógrafo, más que el cielo y los árboles, con grandes bandadas de pájaros que pasaban sobre sus cabezas; por la noche se detenían para hacerse chozas de ramaje y cortezas, en donde velaban ayunando y orando. Por fin, descubrieron el sitio en que se levantó después la abadía de Hersfeld, y creyendo haber encontrado lo que convenía, enviaron a uno de ellos para que informase a San Bonifacio; pero éste, que temía que sus discípulos quedaran demasiado cerca de los sajones, desaprobó la elección que habían hecho y les ordenó que continuasen sus investigaciones.

Remontaron entonces en una barca el curso del río Fulda, explorando atentamente las dos orillas y deteniéndose con preferencia en los lugares de confluencia de los torrentes y arroyos, con la esperanza de encontrar un emplazamiento favorable. Después de muchos días de esta exploración, que les había llevado a la confluencia del Luder, volvieron atrás, sin haber encontrado nada que les satisficiera. Sin embargo, ante las reiteradas exhortaciones de San Bonifacio, Sturmi se puso en camino por tercera vez. Montado en un asno, exploró de nuevo la vasta y terrible selva, estudiando cuidadosamente el declive y elevación de las colinas, la anchura de los valles y la abundancia de las fuentes, y durmiendo por la noche al abrigo de los setos de espinos que hacía alrededor de su lecho para sustraerse con su cabalgadura a la voracidad de las fieras.

Los únicos seres humanos que el siervo de Dios encontró en esta peligrosa exploración, fueron unos eslavos que se bañaban en el Fulda, en el sitio en que la calzada que va a Maguncia desde Turingia atravesaba este río por un vado. Los eslavos le persiguieron amenazándole e injuriándole, pero no le hicieron mal alguno. Este pequeño incidente del viaje de un misionero merece ser notado, pues es la primera entrevista del Evangelio con una raza que, situada más allá de los germanos, tendría que esperar a que se convirtieran éstos totalmente antes de que la Iglesia llegase hasta ellos.

El cuarto día, en el momento en que el santo se atrincheraba de nuevo para pasar la noche, según su costumbre, distinguió entre el ruido del agua el de pasos humanos; no atreviéndose a levantar la voz, golpeó con su hacha un tronco de árbol, para hacerse notar, y entonces vió llegar hacia él a un hombre a quien eran familiares aquellos lugares selváticos y a quien expuso sus proyectos. Las noticias de este hombre le determinaron a desandar su camino, volviendo a marchar río abajo y examinando sus riberas con mayor

detenimiento aún. Por fin, al día siguiente de este encuentro, halló el lugar en que hoy se levanta la ciudad de Fulda; encantado de la hermosura del sitio, se dijo para sí que Dios se lo había revelado gracias a las oraciones de San Bonifacio, y pasó parte de la jornada explorándolo en todos sentidos; después lo bendijo, lo señaló, y se volvió, con el corazón lleno de alegría, a anunciar la buena noticia a su maestro. Pipino se apresuró a hacer donación del sitio a San Bonifacio, y muchos grandes señores que poseían porciones de este bosque imitaron la generosidad del príncipe, pudiendo construirse en seguida un dominio monástico de cuatro millas de radio, que fué cedido en propiedad plena al obispo y a sus compañeros.

El 12 de enero del año 744, provistos de la carta de donación, Sturmi y otros siete monjes fueron a tomar posesión del suelo, acto que, según costumbre, solemnizaron con vigilia, ayunos y oraciones. Se pusieron en seguida a la obra, y el hacha abrió un ancho espacio en las inaccesibles espesuras de la antigua Buchonia. Dos meses después, el mismo San Bonifacio iba a reunirse con sus discípulos, acompañado de una legión de roturadores, y, sobre las cenizas del bosque calcinado, se elevó muy pronto un monasterio y una iglesia. Allá volvía todos los años el santo obispo a descansar de sus vastos trabajos y a pasar los días meditando y orando en la ermita que había levantado sobre una montaña cercana al convento. Se complacía en iniciar allí a los hermanos en el estudio de los libros sagrados y en inculcarles el conocimiento de la regla, y se arrancaba con dolor de aquella bendita soledad para ir a reanudar su misión en el mundo<sup>1</sup>.

Fulda prosperó rápidamente bajo el patronato de aquel gran hombre, cuyos restos mortales fueron a reposar allí después de su martirio. Ya Sturmi, el primer abad, gobernaba allí a cuatrocientos monjes; como sucedía siempre en la vecindad de los conventos, el desierto se transformó muy pronto en una comarca riente y populosa; se formó una ciudad alrededor del monasterio, y la abadía llegó a ser el foco más intenso de civilización que brilló en Germania. En tiempo de Carlomagno ejercía un arbitraje pacífico entre esta comarca y el príncipe bávaro rebelde, y de allí era de donde el cristianismo, después de hacerse dueño de Turingia, debía lanzarse con nuevo ardor a la conquista de la vecina Sajonia.

La Iglesia hacía lo mismo que en Fulda en multitud de puntos a la vez. Obispados, monasterios, simples parroquias: todas estas fun-

<sup>1</sup> EIGIL., *Vita S. Sturmi*, c. 4-13. Cfr. *Sanctorum O. S. B.*, II, pág. 308.)  
*Vita S. Agili*, c. 15 (Mabillon, *Acta*)

daciones eclesiásticas, al multiplicarse, multiplicaban los medios de acción del espíritu civilizador. Gracias al armonioso concurso de tantos esfuerzos aislados, la Alemania oriental fué saturándose poco a poco, por completo, de cristianismo. Ganada al Evangelio, por este mismo hecho lo era al Imperio franco; en recompensa del apoyo que éste prestaba a las misiones, veía que las tribus recién convertidas deponían la repugnancia que sentían antes hacia su autoridad y se incorporaban a él. Jesucristo, precediendo a los ejércitos francos por entre los bárbaros germánicos, conquistaba para los carolingios tantos súditos como fieles contaba. Él mismo entre ellos.

El feliz soberano que mandaba a tantos pueblos diversos justificaba los favores de la fortuna por el cuidado que ponía en merecerlos. Pipino el Breve es, en efecto, desde todos los aspectos, uno de los príncipes más notables de la Edad Media. ¡Cuánto más grande aparecería si no quedase oscurecido en cierto modo por el brillo que rodea a la personalidad de su hijo! Enérgico en la acción, moderado en el triunfo y justo en el ejercicio del poder, nos ofrece, en proporciones más humanas y más accesibles, si así puede hablarse, el prototipo del monarca cristiano, aún mejor que su glorioso sucesor; es el genio del orden y de la moderación; le devoran nobles ansias de progreso e inaugura todas las obras que Carlomagno terminará después. Hay una larga serie de hechos importantes cuya iniciativa pertenece a Pipino el Breve, aun cuando estemos acostumbrados a atribuirselos solamente a su hijo, entre ellos: la reforma del sistema métrico y del sistema monetario, el impulso dado a los estudios, el perfeccionamiento del canto litúrgico, la transformación de los cánones de la Iglesia en leyes civiles y las medidas tomadas para restablecer la regularidad en la jurisdicción y en la administración.

Al estudiar de cerca este reinado tan digno de atención, se da uno cuenta de que todos los rasgos del dominio cristiano se han dibujado allí mucho tiempo antes de que se haya resucitado el título imperial. Sentado en medio de su pueblo, el soberano de los francos gobierna con majestad sin igual y atrae sobre sí las miradas del Oriente y del Occidente. Los emires árabes le rinden homenaje, el califa Almanzor le envía embajadas, y los Emperadores de Constantinopla no dejan de halagarle y hacerle regalos. En cuanto a los francos, se enorgullecen de su monarca y se vanaglorian, con arrogancia legítima, de haber llegado, bajo sus auspicios, a ser el primer pueblo del mundo cristiano.

En el momento en que tal irradiación de gloria y de poder brillaba alrededor de la dinastía carolingia, ¿convenía aún a la dignidad

del pueblo franco y era compatible con la verdad de la historia el que se sustrajese por más tiempo al título real? Indudablemente, era una anomalía chocante ver a los soberanos designados con otro nombre que el que les correspondía, así como que la corona no estuviese sobre la cabeza del héroe cuyas manos tenían el cetro en virtud de un derecho hereditario. Mientras que los jefes indiscutidos de la nación estaban privados de las insignias de su poder, faltaba algo, si no a su legitimidad, por lo menos a la seguridad pública, y este divorcio entre los hechos y las palabras era causa de perturbación y malestar. La justicia y la lógica estaban de acuerdo con el sentimiento nacional para exigir que las cosas fuesen puestas en su lugar y para dar a una dinastía aclamada por todos la consagración solemne de sus derechos.

Sin embargo, era tal entre los francos el respeto a la tradición, que se tuvo escrúpulo en hacer oficialmente una afirmación que llevaba consigo la deposición formal del último rey merovingio. Para tranquilizar las conciencias era preciso que la cuestión fuera trasladada a la suprema autoridad religiosa de la cristiandad. Consultado el Papa, por encargo de Pipino, la resolvió de una manera digna de él mismo y del mundo, dando el siguiente oráculo de derecho público: "*El que está investido de poder legítimo debe también llevar su título, para que no se perturbe el orden*"<sup>1</sup>.

La intrépida firmeza de esta magnífica declaración doctrinal calmó todas las aprensiones, y bastó para consumir, sin sacudidas ni disturbios de ninguna especie, la revolución pacífica que, para la salvación del mundo, venía a regularizar por fin una situación indecisa. La Iglesia no se limitó a proclamar la legitimidad de la nueva dinastía, sino que hasta consagró al nuevo rey por mano de sus Pontífices, y el carácter religioso con que de esta manera le revistió, le dió a los ojos de los pueblos un prestigio que no había tenido jamás ninguno de sus predecesores.

Este último acto coronaba la obra de reforma y restauración que el Pontificado había emprendido entre los francos. Ya no tenía ningún servicio que prestarles, pero ahora tenía el derecho de esperarlos de ellos. El reconocimiento de los carolingios no se hizo esperar mucho tiempo; así como el Papa había afirmado el trono carolingio con sus bendiciones, ellos iban a sostener el del Pontífice con sus armas. Tiempo era, en verdad, de que una espada poderosa saliese en defensa del jefe de la cristiandad, cuya situación se hacía cada

<sup>1</sup> Ann. Lauriss., a. 751.